

Una idea de mujer en Cioran *A Woman Idea in Cioran*

Et si je me demande ce qui me plaît le plus dans la vie ce sont bien ces rencontres exceptionnelles où on se dit tout...C'est peut-être pour moi la seule justification de la vie, ces rencontres exceptionnelles.

Cioran

G. L.:Mais comme une œuvre plaident pour l'inutilité et le non-sens peut-elle aider?

E.M.C.: Elle aide parce qu'elle formule ce que d'autres sentent sans avoir les moyens de l'exprimer. Elle aide le lecteur à prendre subitement conscience de ce qu'il éprouve. Elle l'aide en somme à se retrouver.

Entrevista de G. Liiceanu a Cioran

RESUMEN

Este artículo, de carácter interpretativo, lleva a cabo una reflexión acerca de la idea y el puesto de la mujer en la obra de Cioran desde una perspectiva no sólo femenina sino desde la situación cultural particular de su autora. Partiendo de varios de los textos del escritor rumano-francés, se analiza el tema *mujer* en dos ámbitos bien determinados por Cioran: primero, el de la prostitución y su parentesco con la filosofía y, segundo, el del ámbito de los santos.

Palabras Clave: mujer, prostitución, santas, fracasados, filosofía, sistema patriarcal.

ABSTRACT

This interpretative article, performs a reflection about the idea and the position of women in the work of Cioran not only from a female perspective but from the particular cultural situation of the author of this paper. Starting from several texts from the Romanian-French writer, women's issues is analyzed into two areas determined by Cioran: the first-one, prostitution and its relationship to philosophy and, the second-one from their reflexions about saints.

Keywords: Women, Prostitution, Saints, Failures, Philosophy, Patriarchal System.

SUMARIO

: -Preámbulo. -Filosofía y Prostitución. -Santos y Santas.

Preámbulo

Cuando algunas mujeres lectoras de Cioran indagan por la idea que este autor tiene de las mujeres o por la posición que ellas ocupan en su obra, se enfrentan

1 Profesora de la Universidad Tecnológica de Pereira. Colombia, email: lilianah@utp.edu.co

no sólo a un cierto vacío que él ha dejado al respecto sino también a un fuerte contrasentido que se evidencia en los pocos textos que dedicó al tema. Entonces nos preguntamos: ¿qué podía saber Cioran de las luchas de las mujeres por la conquista de su dignidad? ¿Mucho... nada...? Parece que él mismo no reflexionó sobre el asunto *mujer* aunque sí escribió unas cuantas ideas paradójicas. Y no es de extrañar dado su irritable temperamento, jamás apaciguado por el tiempo, y su vocación por los aspectos contradictorios que presenta la naturaleza humana... Quizá sería mejor decir, dada su soledad, una orfandad primordial que lo hizo un *rebelle sin causa* y, que lo colmó de un orgullo desesperado por lo inútil, cosa que, por lo demás, él sabía bien. Cioran prefería lo marginal al comercio cultural, y lo marginal en todas sus manifestaciones: mendigos, fracasados, suicidas, dementes, enfermos, prostitutas, santos y santas... no a *avivatos*² intelectuales. Ejemplo de esto último es el texto que escribió sobre Sartre y en el que tuvo el decoro de no mencionar directamente el nombre del francés. Este caso ilustra su preferencia por la concisión, por la abstracción de los detalles y por la forma impersonal, lo que a nuestro modo de ver es una prueba de aristocrático pudor espiritual:

Lo abarca todo y en todo tiene éxito; nada hay de lo que no sea contemporáneo. Tanto vigor en los artificios del intelecto, tanta facilidad para abordar todos los sectores del espíritu y de la moda –desde la metafísica hasta el cine– deslumbra, debe deslumbrar. Ningún problema se le resiste, no hay fenómeno que le sea extraño, ninguna tentación lo deja indiferente. Es un conquistador que no tiene más que un secreto: *su falta de emoción*. Nada le cuesta afrontar lo que sea porque no pone en ello ningún acento. Sus construcciones son magníficas pero sin sal [...] Lo Irremediable es puesto en sistema, incluso inventariado, expuesto como un artículo, una mercancía, verdadera manufactura de angustias. El público se reclama de ello, el nihilismo de bulevar y amargura de los curiosos se sacian por igual. Pensador sin destino, infinitamente vacío y maravillosamente amplio, explota su pensamiento, lo quiere en todas las bocas. No hay fatalidad que le persiga [...]. Esencialmente apoético, si habla de la nada, no hay en ello estremecimiento; sus ascos son reflexivos; sus exasperaciones, dominadas y como inventadas a posteriori... (Cioran, 1995: 731)³.

Existen varios textos y alusiones en la obra de Cioran en los que se pueden rastrear y construir interpretaciones relacionadas directa o indirectamente con la mujer, tales como *la metafísica del eros y del amor*, *la sexualidad y el éxtasis*, *la prostitución y la filosofía*, *amor y conocimiento*... Pero no encontramos nada relacionado con el papel de la mujer en la historia y sus luchas emancipadoras. Es posible que tales textos, y con ellos sus interpretaciones, no hagan más que ocultar la imagen de la mujer, o sean maneras bien sofisticadas –y en razón de ello un tanto superficiales– de acercarse al asunto por tratarse de reflexiones

2 *Avivato*: sinónimo de avisgado, astuto, aprovechado.

3 La traducción al español de las citas de Cioran son de la autora de este artículo.

elaboradas de cara a ciertas tradiciones filosóficas y místicas, y de filósofos que trataron puntualmente estas cuestiones. Nosotros sólo quisiéramos pensar en ello desde nuestra condición femenina, desde unas lecturas menos académicas del rumano; imaginar al hombre Cioran que está detrás de sus afirmaciones, buscar qué otros sentidos pueden tener estos textos ataviados de filosofía y de estilo. Pues, como ya se sabe por sus propias afirmaciones y la de los expertos, su biografía y su genio son la principal sino la única fuente de su obra.

Filosofía y prostitución

Cioran comparó la filosofía con la prostitución... Algo de verdad, algo de ironía, un poco de humor y, también, exuberante retórica... Pero no burla:

El filósofo, de vuelta de los sistemas y las supersticiones pero perseverante aún en los caminos del mundo, debería imitar el pirronismo de acera que muestra la criatura menos dogmática: la mujer pública. Desprendida de todo y abierta a todo; acomodándose al humor y a las ideas del cliente; cambiando de tono y de rostro en cada ocasión; dispuesta a estar triste o alegre, siendo indiferente; prodigando los suspiros por interés comercial; considerando los retozos de su vecino superpuesto y sincero con una mirada clara y falsa, propone al espíritu un modelo de comportamiento que rivaliza con el de los sabios. Carecer de convicciones respecto a los hombres y a uno mismo: tal es la elevada enseñanza de la prostitución, academia ambulante de lucidez, al margen de la sociedad, como la filosofía. (Cioran, 1995: 651).

Uno de los contextos más originarios de esta idea proviene de las prácticas culturales que a este respecto son propias, según Cioran, de los países del este y sudeste de Europa. Se trata de un eufemístico *romanticismo de la prostitución* que gira en torno a la idea de iniciación, de educación en el arte de amar. Y no deja uno de pensar que efectivamente se trata de un *romanticismo* del que está muy lejos la educación sentimental. Nadie se educa en lo que se ha dado en llamar las *artes amatorias*, salvo en lo que se llama dudosamente técnicas. ¿Se podría creer que exista algo así como, por ejemplo, cierta *escuela de galantería* francesa que fundó en el siglo XVII una interesante cortesana al retirarse con éxito de su oficio, y a la que asistían sólo los muchachos aristócratas? Muchos de los estudios sobre la sexualidad de la mujer, sobre su *extraña* naturaleza, y sobre las prácticas terapéuticas recomendadas han sido, en su orden, escritos e inventadas por los mismos hombres. De este modo, se puede llegar a cierta conclusión: como trabajadora sexual y en las distintas modalidades en que el oficio se practica más allá del burdel (callejeras, cortesanas educadas y adineradas, *call-girls* o víctimas del tráfico sexual...) existe una idea de mujer y de las artes amatorias totalmente inadecuada, por no decir, fantasiosa. O si se prefiere, son *imaginarios a veces patológicos propios de los hombres*. Porque una *práctica cultural* que no es privativa de los países del Este, sólo remite a una realidad que tiene varias máscaras: desde

la más básica que es la supervivencia a aquella obligada por el consumismo. Podemos pensar, entonces, que Cioran comparte con los hombres, sean cultos, genios o tipos primarios, una idea: la de la mujer como *enigma* necesario. Es desalentador encontrar una cita atribuida a Freud: «la gran pregunta que jamás ha sido contestada y a la que yo no he sido todavía capaz de contestar a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es: ¿qué es lo que quiere una mujer?» (cit. en Wallace, 1971: 10), o títulos de obras de famosos filósofos y médicos tales como *El enigma de la mujer*, *Metafísica de la sexualidad*, *Sexo y carácter*, *La nueva terapia sexual*. Todo esto parece una ingenuidad... o una mistificación elaborada por la fantasía o la naturaleza masculina, una deformación de la biología y sus determinaciones que tienen su correlato en la cultura. El hombre ha hecho y hace lecturas bien desacertadas de la mujer quien sí sabe mucho más de él, de sus deseos, impulsos y necesidades más apremiantes.

Frente a estas ilusiones o ejercicios velados de poder, existe una contundente respuesta –por decirlo así– al sistema patriarcal, y no muy publicitada, al menos en nuestro medio, y de la que tuvimos alguna vez noticia: la de la escritora Elula Perrin, nacida en Vietnam, autora del libro *Les femmes préfèrent les Femmes*⁴.

¿Qué papel juega la prostituta? Según el propio testimonio del rumano-francés, conversación y sexo en su expresión más solitaria y degradante. Encontraba en ella una atmósfera solidaria, él, que como ella, era otro ejemplo del *fracasado*, pero un fracasado *arruinado* a pesar de sí mismo. Porque Cioran, de acuerdo con una

4 A este respecto, es interesante recordar que en este mismo libro, Elula Perrin señala cómo las mujeres lésbicas son doblemente discriminadas (como mujer y como lesbiana) pues, aunque el hombre homosexual ha sido en muchos aspectos estigmatizado, en otro sentido, su misma preferencia sexual representa, en ciertas profesiones que él ejerce, un valor de calidad y de garantía agregado. Esto demuestra de una manera mucho más siniestra el poder del sistema patriarcal en el cual el hombre, con condiciones sexuales diferentes a la heterosexualidad, ocupa, sin embargo, un lugar destacado cosa que, evidentemente, no ocurre con la mujer lésbica o bisexual, cuya preferencia sexual no representa de ninguna manera una peculiaridad que favorezca su profesión. De otra parte, creemos que es ilustrativo un texto de Cioran referido a la condición existencial del homosexual. Hay que advertir, no obstante, que este fragmento se encuentra en un contexto temático diferente. Para evitar la unilateralidad que conlleva la descontextualización, citamos dicho pasaje con cierta amplitud. Cabe suponer que en él no hay referencia a las mujeres, véase por qué: «Mientras que, para disociarse del mundo, un pensador requiere de una inmensa labor de interrogaciones, el privilegio de una tara confiere de inmediato un destino singular. El Vicio –dispensador de soledad– ofrece a aquél a quien marca, la excelencia de una condición separada. Por ejemplo, el invertido inspira dos sentimientos contradictorios: repugnancia y admiración; su degradación lo vuelve a la vez inferior y superior a los otros; él no se acepta, se justifica ante sí mismo a cada instante, se inventa razones, oscilando entre la vergüenza y el orgullo; sin embargo –fervientes de los disparates de la procreación– nosotros marchamos con el rebaño. ¡Desgracia para aquél que no tenga secretos sexuales! ¿Cómo adivinaríamos las ventajas fétidas de las aberraciones? ¿Permaneceremos por siempre progenitores de la naturaleza, víctimas de sus leyes, árboles humanos, en suma? [...]. El instinto extraviado se encuentra en las antípodas de la barbarie. De ello resulta que un impotente es más complejo que un salvaje de reflejos inalterables, que aquél realiza mejor que cualquiera la esencia del hombre, este animal desertor de la zoología y que se enriquece de todas sus insuficiencias [...]. Muy en el fondo de su ingenuidad, el pensador envidia las posibilidades de conocer abiertas a todo aquél que es contra natura; cree –no sin repulsión– en los privilegios de los ‘monstruos’... Siendo el vicio un sufrimiento y la única forma de celebridad que vale la pena, el vicioso ‘debe’ ser necesariamente más profundo que el común de los hombres porque está indeciblemente separado de todos [...]» (Cioran, 1995: 715-716).

lapidaria y paradójica frase del dibujante español Máximo, «se propuso fracasar y ni siquiera lo consiguió» (El País, 2004). Cuando uno se figura al joven Cioran caminando durante sus largas noches insomnes por las callejuelas de Sibiu, viene a la mente una historia, entre tantas, que bien podría describir sus encuentros con la mejor *representante del pirronismo*, historia escrita e interpretada por un viejo cantautor popular argentino: «Dos solitarios somos mi amiga, no creas encontrar en mí el amor; refugia tu desdicha y cuéntame tus penas, ahoga en esta noche tu dolor...»⁵. Podemos imaginar también con algún derecho, que quien ahogaba su dolor era el joven Cioran y no su profesional compañera de ocasión.

De la prostituta amó su desesperanza, la pasmosa objetividad con la que afronta vivir y que convierte en trágica y penosa libertad. Afirma: «mi vida de estudiante se desarrolló bajo el encanto de la Puta, a la sombra de su degradación protectora y calurosa, maternal incluso» (Cioran, 1995: 1611). Pero esta es una imagen idealizada en la que el oficio aparece, al decir de G. Leppers –juicioso lector de Cioran– como una vocación casi metafísica y, en consecuencia, no corresponde a su realidad cotidiana. Parece que Cioran no consideró las causas sociales implicadas en el fenómeno. Escribe Leppers:

...las prostitutas, tal como las encontramos al hilo de las páginas de la obra de Cioran, no tienen rostro; ellas no son –¡paradoja!– seres de carne y sangre. Tampoco son percibidas por el autor como las víctimas de traficantes de mujeres o como personas que se encuentran en una situación social insostenible, incapaces de liberarse de un pasado doloroso y para quienes la profesión no ha sido una elección [...]. Puede ser significativo que Cioran no se haya interesado por los clientes de las prostitutas cuya existencia parece serle natural, y no destaque ninguna problemática social digna de interés. No es la prostitución, pues, en su realidad cotidiana lo que llamó la atención del pensador. (Leppers, 2005: 153).

Del papel desempeñado por la religión en el menoscabo de la mujer, de su victimización por su miseria, su falta de formación cultural y un perverso sistema patriarcal; sobre la fascinación que la prostituta ha ejercido en los hombres y su exaltación ideal, estética; del papel educativo que según cierta literatura romántica ha tenido en la vida de jóvenes escritores y filósofos desengañados; sobre su valor en la sociedad en el mantenimiento del orden moral, en fin, no vamos a referirnos. Quizá se estime que estamos equivocados al pensar que esto es otra mistificación masculina. Queremos añadir, sí, una de las razones, realmente verosímiles, por las cuales Cioran frecuentó la amistad de aquéllas y que tiene que ver con un acontecimiento capital ocurrido en su adolescencia. Y es en ese acontecimiento donde se juega la dinámica *amor-desengaño-prostitución*.

A sus 17 años, loco, en furia permanente, este muchacho se enamora por primera vez y en silencio. Era tímido, torpe e insufrible, un *energúmeno* intoxicado de filosofía alemana y literatura rusa. Un día encontró a la chica de sus amores hablando y riendo con un despreciable compañero de estudio. No lo toleró. Renunció: «juré de

5 El cantautor mencionado es Sandro (1945-2010); y la letra citada pertenece a su canción «Dos solitarios».

inmediato acabar con los “sentimientos”. Y fue así como me convertí en un asiduo de los burdeles» (Cioran, 1995: 1611). Experiencia definitiva y paradigmática como lo fue su experiencia del *ennui*, o la de la expulsión de su paraíso, el insomnio permanente mientras transcurría su adolescencia... Esa desesperante decepción encontró su confirmación muy pronto en el adolescente y también atormentado Weininger. He aquí algunos fragmentos de su relato:

En Weininger me fascinaba la exageración vertiginosa, el infinito en la negación, el rechazo del sentido común, la intransigencia mortífera [...]. Añádase a eso su obsesión por lo criminal y lo epiléptico [...], la asimilación de la mujer a la Nada e incluso a algo menos. A esta afirmación devastadora mi adhesión fue, de inmediato, completa [...]. ¿Cómo he podido encapricharme con un sub-ser? no paraba de repetirme. ¿Por qué ese tormento, ese calvario a causa de una ficción, de una nada encarnada? Un predestinado había venido por fin a liberarme (Cioran, 1995: 1610-1611).

Pero sería injusto no añadir el final de esta historia en la propia voz de Cioran:

Weininger, proporcionándome las razones filosóficas de execrar a la mujer «honesta», me curó del «amor» durante el período más orgulloso y frenético que he vivido. Yo no preveía entonces que un día sus acusaciones y sus veredictos contarían para mí sólo en la medida en que me harían extrañar a veces al loco que fui (Cioran, 1995: 1611).

Llama la atención –por ser una especie de síntoma, aunque no propiamente de la psicología de Cioran sino de la masculina en general– el hecho de que haya destacado a través de las comillas las palabras *honesta* y *amor*. Todo el problema parece sintetizarse en la ecuación *sexo-deseo*, la tiranía de la biología transformada en pulsión. También tendría que destacarse esa confesión acerca de que sus extravagantes inculpaciones fueron propias (y lo son en cualquier caso, diríamos nosotros) de la naturaleza adolescente. Seguramente, el *enigma*, o parte de él, lo estén resolviendo las neurociencias; sin embargo, queda en vigencia el problema del poder y la dificultad que sigue representando para la golpeada y aún vigente estructura machista la *diferencia*. Pero si fuera posible desvelar científicamente el *enigma*, establecer semejante reducción, queda todavía un interrogante, el más acuciante por lo definitivo y original y que Cioran convocó de varias maneras en su obra. Una de sus formulaciones es ésta: «si el alma es tan poca cosa ¿de dónde viene nuestro sentimiento de soledad?, ¿qué espacio ocupa?, ¿y cómo es que reemplaza de golpe la inmensa realidad desvanecida?» (Cioran, 1995: 699).

Alguna vez, pues, en una entrevista Cioran se refirió al *enigma* afirmando que prefería a la mujer porque ella es «más desequilibrada que el hombre. Un ser infinitamente más mórbido y enfermo que el hombre» (Heinrichs, 2002: 82). Intuición en muchos puntos acertada si matizamos los términos, pero

también una manera más sofisticada de *confesar-ocultar* el desconcierto que la *diferencia* –la diferencia fundamental–, por biología y en consecuencia, por espíritu, ella representa.

Santos y santas

Es difícil para los hombres, ilustres o no, *saber* de las mujeres, como generalmente lo declaran entre broma, indolencia o seriedad. De lo que Cioran sí sabía era de las excepciones, y para él lo excepcional se encuentra en los extremos de lo espiritual o de lo terrenal –mística y fracaso, santos y *ratés*– es decir, en lo mórbido y en ciertos encuentros en los que *uno se dice todo*. En fin... se trata en él de casos humanos, siempre individuales y por ello mismo irreductibles. Su fascinación por las santas es un ejemplo, o por María Zambrano, la Emperatriz Sissi, o Emily Dickinson. ¿Qué dice de ellas? Todo en pocas líneas. Y en su caso, *todo* quiere decir *misterio* y por ello mismo fascinación:

María Zambrano no ha vendido su alma a la Idea, ha protegido su esencia única poniendo la experiencia de lo Insoluble por encima de su reflexión; ha ido, en suma, más allá de la filosofía [...]. Ella hace parte de esos seres que lamentamos no ver más que raramente, pero en los cuales no dejamos de pensar y que quisiéramos comprender o, al menos, adivinar [...]. Aunque se puede conversar con ella de cualquier cosa, se está siempre seguro, sin embargo, de deslizarse tarde o temprano hacia interrogaciones capitales sin seguir necesariamente los meandros del razonamiento [...] ¿Quién como ella, yendo al encuentro de nuestras inquietudes, de nuestras búsquedas, tiene el don de dejar caer el vocablo imprevisible y decisivo, la respuesta a las dilaciones sutiles? (Cioran, 1995: 1608-1609).

Otro buen ejemplo de ese misterio lo podemos encontrar en las santas, mezcla de deseo y afán de absoluto. Y no se trata aquí, por ser materia gastada, de la íntima relación entre el deseo sexual y búsqueda de la trascendencia. En términos generales, se puede identificar en Cioran varias cuestiones en relación con los santos. Algunas de ellas pueden ser el problema de la procreación, la nostalgia de Dios y de la devoción o voluptuosidad y frivolidad femenina.

Respecto al primer tema, es bien sabido por especialistas y por los que no lo son, las influencias que en la juventud de Cioran ejerció Schopenhauer, o el *Santo Patrono*, como él lo llamó. La compleja misoginia de Schopenhauer (dejando aparte la cuota que le corresponde a su biografía y a su propia psicología) está vinculada a su pesimismo filosófico. La mujer representa muchas cosas contradictorias: amor –o el pretexto– sexo y procreación. La voluntad, o el deseo propiamente dicho, concepto metafísico que explica la vida en todas sus manifestaciones, ha inventado para los humanos la trampa del amor. Su realización, obviamente, está determinada por la sexualidad. Es un sólo objetivo el que tiene la voluntad: reproducirse. La vida y, en particular, la vida humana es una lucha a muerte

sin otro sentido que el de mantenerse a sí misma. Los santos, pues, desafían esta trampa. Podría argumentarse que tienen motivos espirituales o incluso patológicos, y es cierto. Pero más allá de ellos, está la negación del ser mortal, el sufrimiento que trae de suyo la existencia agravado por las acciones humanas, el sinsentido, la muerte como condición misma de ese monstruo ciego que es la voluntad, la vida. El santo, «ese modelo de acabamiento y esterilidad [...] llegado a las cimas de sus repugnancias, en las antípodas de la creación hace de su nada una aureola. Entristecerse como Leon Bloy porque no somos santos es desear la desaparición de la humanidad» (Cioran, 1995: 691).

Esta explicación es sólo una aproximación, un tanto mítica o, para utilizar un concepto de Jaspers, un *lenguaje cifrado* de nuestra condición humana. Y cabría preguntarse, si al pasar este siglo, la ciencia o cualquier otra explicación de talante metafísico podrán dar respuestas mejores.

¿Por qué la necesidad de trascendencia, de un Dios que justifique y consuele al mismo tiempo de este abandono, de esta desolación de la humanidad y de los individuos? La obsesión por la mística en Cioran también tiene que ver con esto. Lo que uno puede intuir en él es una nostalgia por la fe y la devoción, tan vívidas en el cristianismo ortodoxo y que le fueron, no sin que él lo lamentara, inaccesibles. Uno de los aforismos más conmovedores por su triste y sincera revelación es éste: «¡Qué lástima que para llegar a Dios, haya que pasar por la fe!» (Cioran, 1995: 783). Para resumir, el santo es la versión mística de la negación de la voluntad schopenhaueriana:

El hombre no engendra más que si permanece fiel al destino general [...] el orgullo [del santo] excede toda dimensión terrestre. En efecto, bajo la decisión por la que se renuncia a todo, bajo la inconmensurable hazaña de esta humildad, se alberga una efervescencia demoníaca: el punto inicial, el arranque de la santidad toma la forma de un desafío lanzado al género humano (Cioran, 1995: 692).

Y ¿las santas? Los desordenados fragmentos cioranianos a este respecto, apuntalan otro de los temas: voluptuosidad, delirio, frivolidad femenina. Pero sobre todo la obsesión enfermiza. Sin embargo, ¿qué obsesión, mística, intelectual o de cualquier otro tenor, no lo es? De las santas anheló su rara intimidad casi física con *el divino*. Ellas son una ilustración, entre otras, de la contradicción esencial propia de todo lo real: trance místico y erotismo, la oposición entre lo divino y lo caído, entre lo *numinoso* y lo voluptuoso, entre Bach y el tango, entre el bien y el mal, o razón y locura... Todo un enigma. El suplicio ardoroso de las santas no deja de irritar por cierta frivolidad que lo adorna. Este es el texto de Teresa de Ávila que cita Cioran:

Mientras Nuestro Señor me hablaba y yo contemplaba su maravillosa belleza, notaba la dulzura y a veces la severidad con la que su boca tan bella y divina profería las palabras. Yo tenía un extremo deseo de saber cuál era el color de sus ojos y las proporciones de su estatura, a fin de poder hablar de ello... (Cioran, 1995: 695).

Enseguida Cioran comenta: «El color de sus ojos... ¡Impurezas de la santidad femenina! Mantener hasta en el cielo la indiscreción de su sexo, esto puede consolar e indemnizar a todos los que –y aún más, las que– se quedaron más acá de la aventura divina» (Cioran, 1995: 695).

Sin embargo, en esto está la fascinación que despiertan las santas o, en todo caso, la voluptuosidad que los hombres definen como frivolidad o superficialidad. Pero habría que tener en cuenta que también se ha hablado sobre la importancia de la superficie, de la piel, del cuerpo que es con lo único que contamos para vivir... sin cuerpo no hay espíritu, no hay diferencia, no hay riqueza... tampoco, claro, habría dolor, existencia. Perder el cuerpo es perderse a sí mismo, es llegar a la nada después de haber sido un *remedo de ser*. Este extraño y voluptuoso desenfreno de las santas fue lo que amó y enardeció a Cioran:

Hastiado de los suspiros y sudores del amor terrestre, me volvía hacia ellas, aunque no fuera más que por su búsqueda de otro modo de amar [...]. No es en una cama donde se alcanzan las cimas de la voluptuosidad: ¿cómo encontrar en el éxtasis sublunar lo que las santas nos dejan presentir de sus arrobamientos? La calidad de sus secretos nos la hizo conocer Bernini en la estatua de Roma en la que la santa española nos incita a numerosas consideraciones sobre la ambigüedad de sus desfallecimientos... (Cioran, 1995: 694).

Quisiéramos terminar este tema de los santos –que ha dado y da ocasión para reflexiones amplias y razonadas– con el siguiente fragmento:

Los santos fueron grandes perversos, como las santas magníficas voluptuosas. Los unos y las otras –locos por una sola idea– transformaron la cruz en vicio. La ‘profundidad’ es la dimensión de los que no pueden variar sus pensamientos y sus apetitos y que exploran una misma región del placer y del dolor (Cioran, 1995: 697).

Existen en Cioran muchos ejemplos como los anteriores con los que se pueden elaborar *variaciones* sobre el mismo tema. Pero nuestra convicción finalmente es que la mujer, como todo lo demás, tiene interés para Cioran en tanto *caso*, en tanto *excepción*, pues todas las excepciones revelan y honran el misterio de ser, de la vida y de la vida humana. El misterio, sí, de ser pero lo terrible también de serlo. Porque Cioran afirmó que mejor hubiera sido ser *animal que hombre, planta que animal, o mejor piedra*. Valoró en particular a la mujer individual, ya fuera por su intelecto, sensibilidad, locura o lúcida marginalidad. Pero un dato importante por lo revelador: sólo exaltó aquellas singularidades femeninas que no fueron sus contemporáneas o que no pertenecían directamente a su entorno cotidiano o familiar... No creemos que sea posible encontrar en él una especie de teoría sobre la mujer, como no es posible encontrar tampoco teoría de ningún otro orden ya sea filosófico, literario o metafísico. Sólo talento y decepción.

Y en medio de todo esto, aparece su humor. Nada extraño, por lo que sabemos del espíritu rumano: abismo, resignación y risa, la consciencia de la futilidad, una gran dosis de sarcasmo y, quizá, un poco de cinismo:

Quando me preguntaron... cómo había podido vivir sin ejercer un 'oficio', respondí: 'porque soy un proxeneta'. Es una ocurrencia, pero hay algo de verdadero detrás de esta afirmación. Para mí, 'proxeneta' es un concepto muy universal. Quiero decir que, cuando un escritor vive con una mujer que provee para la vida de ambos, entonces este escritor es un proxeneta. La mayoría de los escritores respetables que conozco en París han vivido como parásitos de sus mujeres. En este sentido, aunque nunca me he casado, he sido también un proxeneta (Heinrich, 2002: 82).

Un grafiti, escrito en una de las calles de Salamanca, puede venir muy bien al talante desesperado, decepcionado y virulento de Cioran: *no te tomes la vida en serio... nadie sale vivo de ella*. Así, pues, ¿se le debe conceder tanta importancia académica a su pensamiento? ¿se debe hurgar casi sádicamente en algo que no estaba destinado a ser una *obra*, y que según su puño y letra, representaba más bien «una tentativa más o menos fracasada?»⁶. Si Cioran es importante, lo es también y principalmente porque habla de manera contundente, irrefutable de la perplejidad y de la dificultad de vivir, de la riqueza cautivante de la vida; porque algunos lectores se sienten emparentados con su auténtico escepticismo y admiran su violenta sinceridad, su valentía para sostenerse en la vida por encima de su carácter y su autodesprecio; por no haber enloquecido o no haberse suicidado; por haber sido un marginal que, a pesar de su honestidad intelectual, desinterés social y económico, ha tenido éxito debido a una lucidez que pudo objetivar en escritura. Porque Cioran, el Cioran de tales lectores, prestó su voz a la *sombra* que los acompaña.

6 En carta dirigida por Cioran a la autora de este artículo, el 12 de febrero de 1983.

BIBLIOGRAFÍA

- CIORAN, Emil (1995): *Précis de décomposition*, en Œuvres. Paris, Gallimard.
- CIORAN, Emil (1995): *Exercices d'admiration*, en Œuvres. Paris, Gallimard.
- CIORAN, Emil (1995): *Syllogismes de l'amertume*, en Œuvres. Paris, Gallimard.
- HEINRICHS, Hans-Jürgen (2002): «Cioran, No soy nihilista: la nada es aún un programa. Una entrevista de H-J Heinrichs», en revista *El Malpensante*, Junio 16 - Julio 31, nº 39, Colombia, pp. 81-85.
- LEPPERS, Ger (2005): «La sexualité et la prostitution dans l'univers cioranien», en Eugène Van Itterbeek (comp.), *Aproches Critiques VI*. Editura Iniversităţii Lucian Blaga, Sibiu/Les Septs Dormants, Leuven, 2005, pp. 146-155.
- LIICEANU, Gabriel (1995): *Itinéraires d'une vie: E.M. Cioran*, suivi de *Les continents de l'insomnie*. Paris, Michalon.
- WALLACE, Irvin (1971): *Las ninfómanas y otras maniacas*. México, Grijalbo, 1971.

Recibido el 16 de septiembre de 2014
Aceptado el 7 de octubre de 2014
BIBLID [1132-8231 (2015) 26: 125-135]